

1.° de Abril de 1907. Año IV. N.° 79.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1, 2.° dra. Apartado en Correos n.° 336.

Discusión extraordinaria.—Al pie de la hoguera.



No es España el país donde más prosélitos ha hecho el protestantismo, ciertamente; pero el que esta nación se haya mantenido fiel á las doctrinas del catolicismo, no quiere decir que se viera siempre libre de predicaciones contrarias á él ni que en alguna ocasión y, sobre todo en determinadas localidades, dejaran de imperar las doctrinas y tendencias heréticas.

En 1535 fué Sevilla foco de ellas. Rodrigo de Valero, los doctores Juan Gil y Juan Pérez Pineda, por no citar otros intelectuales más, se convirtieron en propagandistas de la nueva doctrina, manteniendo estrecha comunicación con sus correligionarios extranjeros; pero todo el esfuerzo y toda la facundia de aquéllos hubiera sido estéril sin la ayuda resuelta y eficaz de un hombre obscuro que, lleno de audacia superior á la vulgaridad de su condición, no se pusiera al servicio de la causa, sacrificando su vida é intereses y dando ocasión, en el momento de su muerte, á un hecho extraordinario que merece consignarse.

Llamábase Juanillo Hernández (a) *Petit,* y era castellano de origen, aunque criado en Alemania, donde conoció la predicación luterana; por amor á esas doctrinas vino á España con propósito de contribuir á su propaganda. Arriero de oficio, sirvióse de la especialidad del mismo para introducir libros protestantes, para concertar entrevistas de los prosélitos, para traer y llevar noticias de unos á otros y para ejecutar, en fin, cuantos actos eran precisos para una buena inteligencia entre los que *comulgaban* en las mismas ideas y tan peligroso les era, en aquellos tiempos, *confesarlo.*

Repartió libros por la mayor parte de España, y de una vez se cuenta que en Sevilla introdujo dos toneles llenos de ellos, impresos en Ginebra por el doctor Juan Pérez, al principio citado. Da muestra de su astucia el hecho de que supo guardar esa pecaminosa carga íntegra en el convento de San Isidro, para alejar toda sospecha y ponerse á cubierto de las persecuciones del Santo Oficio. Pero al fin cayó en las redes de éste y fué encarcelado.

⁂

Tres años duró su proceso y, por lo tanto, el encierro á que se le sometió; en tan largo plazo dió muestras de una entereza, de una serenidad de espíritu y de una claridad de juicio, que pasmaban á sus jueces. Ni amenazas, ni tormentos, ni promesas ó halagos, nada, en suma, de cuanto puede hacer clau-

dicar ó rendir, vencieron aquella alma valiente y aquel corazón resuelto y decidido.

Nunca el tormento le hizo vacilar, y en medio de los más amargos trances y de los más crueles dolores, siempre tenía una frase, un juicio, una opinión que no la emitieran más acertada, más serena y lógica los doctores, discurriendo en la quietud y el sosiego de su gabinete de estudio. Las escenas del tormento convirtiéronse en discusiones filosóficas, en las que hizo enmudecer muchas veces á sus adversarios los inquisidores, si no por la verdad de lo que sostenía, por lo ingenioso y sorprendente de sus razonamientos.

Tan satisfecho quedaba de esta clase de torneos, que cuando salía de ellos, á pesar de sus dolores, lo hacía cantando:

Vencidos van los frailes,
Vencidos van;
Corridos van los lobos,
Corridos van.

Al cabo, por hereje fué condenado á muerte, pero ésta había de ejecutarse en condiciones excepcionales.

Quisieron los jueces que esta sentencia se cumpliera de distinto modo que las demás. Su fuerte, durante el proceso había sido la discusión, pues darle gusto y que sucumbiera discutiendo, *para convencerle, decían, de sus errores* antes de entregar á Dios su alma.

Conducido al pie del suplicio el 22 de diciembre de 1560, iba amordazado; al llegar desembarazáronle de este obstáculo, pero amarrándole de pies y manos á la estaca colocada en medio de los haces de leña en que había de ser quemado; propusiéronle el licenciado Francisco Gómez y el doctor Fernando Rodríguez el tema á discutir.

El sentenciado, en medio de un público numeroso, adverso y sediento de emociones, sostuvo por algún tiempo una discusión, profunda á veces, sarcástica otras, chispeante siempre, y cuando le pareció oportuno la dió término, llamando hipócritas á sus contrincantes, lanzando para todos no escasas injurias y poniendo sobre su cabeza y hombros, en un momento que pudo disponer de sus brazos, algunos haces más de leña, apresuró la muerte con un valor heroico, que dejó admirados á cuantos la presenciaron.

G. G. de la G.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

Una venta sensacional.

Los herederos del barón de Hautois organizaron en su mismo hotel, sobre el lugar del crimen, una Exposición de los muebles y objetos que debían venderse. Muebles modernos y de mediano gusto, objetos de ningún valor artístico...; pero en el centro de la habitación, sobre un estuche granate, protegida por una campana de cristal y custodiada por dos agentes, se encontraba la sortija con el diamante azul. Diamante magnífico, enorme, de una pureza incomparable y de ese azul indefinido que el agua clara refleja del cielo. Los visitantes se extasiaban ante él, y luego experimentaban cierto frío al contemplar la habitación donde se cometió el crimen y aquellos muros infranqueables, al través de los cuales debió desaparecer la criminal. Se aseguraba que el mármol de la chimenea se abría merced á un oculto resorte.

La venta del diamante tuvo lugar en 30 de enero, en pública subasta. Muchos fueron los que pujaron por llevarse la sortija; pero al llegar á 200.000 francos sólo quedaban dos: Herschmann, el célebre rey de las minas de oro, y la condesa de Crozon, riquísima española que poseía una admirable colección de diamantes y piedras preciosas.

—¡Doscientos sesenta mil!... ¡Doscientos setenta mil!... ¡Doscientos ochenta mil!...—dice el comisario encargado de la venta, interrogando alternativamente á ambos competidores.—Doscientos ochenta mil ofrece esta señora... ¿Nadie ofrece más?...

—Trescientos mil—exclama Herschmann.

Se observa á la condesa de Crozon sonriente, pero cuya palidez demostraba su emoción, apoyada sobre el respaldo de una silla colocada delante de ella. En realidad, ella y todos los asistentes al acto sabían que la apuesta debía terminar á favor de Herschmann, cuyos caprichos eran servidos por su incomparable fortunón. Sin embargo, responde:

—Trescientos quince mil.

Las miradas se vuelven hacia el rey de las minas. Se creía que su puja iba á ser enorme, brutal, para acabar ya de una vez. Transcurre el tiempo, y el silencio más absoluto reina en la sala. Herschmann permanecía impasible, con los ojos fijos en una hoja de papel que tenía en su mano derecha.

—Trescientos quince mil—repetía el comisario—; á la una... á las dos...

Herschmann permanece silencioso. El martillo cae.

—Cuatrocientos mil—grita Herschmann sobresaltado, como si el ruído del martillo le sacase de su sopor.

Era demasiado tarde. ¿Qué es lo que había pasado? ¿Por qué no había hablado antes?

—¿Qué me ha pasado? Por mi fe, que no lo sé. He tenido un minuto de distracción. Una carta que me han entregado y que me ha turbado un momento.

Ganimard estaba allí. Había asistido á la subasta de la sortija. Se aproxima á uno de los mozos.

—¿Es usted el que ha entregado al señor Herschmann una carta?

—Sí.

—¿De parte de quién?

—De parte de aquella señora que lleva un velo espeso.

—¿De aquella que se va?

—Sí.

Ganimard se precipita hacia la puerta y percibe á la señora que desciende la escalera. Después se confunde entre la multitud que salía, y desaparece á su vista. Vuelve á la sala, se da á conocer á Herschmann, y éste le entrega el papel en donde había escritas con lápiz estas palabras:

"El diamante azul lleva consigo la desgracia. Acuérdese usted de la suerte del barón."

Seis meses después, en el hotel Crozon, en Picardía, se robaba á la condesa la sortija del diamante azul. Pero no precipitemos los acontecimientos.

La tarde del 10 de agosto, los huéspedes de los condes de Crozon estaban reunidos en el salón del magnífico hotel. La condesa se sentó al piano y dejó en el musiquero sus joyas, entre las cuales se hallaba la sortija del barón de Hautois.

Al cabo de una hora el conde se retiró acompañado de sus primos los señores de Andelle y Mme. de Real, amiga íntima de la condesa. Esta permanece sola con M. Bleichen, cónsul austriaco, y con su señora. Por fin, la condesa apagó la lámpara, colocada encima de una mesa, en el mismo momento en que M. Bleichen hacía lo mismo con las del piano. Un instante la sala permaneció á obscuras hasta que este señor encendió unas bujías y cada cual se fué á su habitación. Apenas llegó la condesa á la suya se acordó de sus alhajas, y envió á su doncella por ellas, quien las colocó sobre la chimenea. A la mañana siguiente, la condesa notó la falta de una sortija, la sortija del diamante azul.

Advertido su marido, excusamos decir la confusión que se produjo. La doncella era de confianza, el culpable no podía ser otro que M. Bleichen.

El conde previno al comisario central de Amiens, quien empezó una activa diligencia y discretamente organizó la vigilancia más activa para que el cónsul austriaco no pudiera ni vender, ni expedir la sortija.

Transcurrieron dos semanas sin el menor incidente. Monsieur Bleichen anunció su marcha, y el comisario intervino oficialmente y ordenó practicar un registro en su equipaje. En un saquito de aseo, que no abandonaba nunca el cónsul, había un frasco de polvos de jabón; en este frasco se encontraba la joya.

Una vez preso, declaraba: «No me explico la presencia de la sortija más que por una venganza de M. Crozon. Su genio brutal hace desgraciada á su esposa y sospechando algo de mí por mis continuos galanteos, ha querido vengarse de esa manera.»

Las dos explicaciones podían ser igualmente ciertas. Y como transcurría el tiempo sin que el asunto se desembrollase, pidieron á París un agente experto capaz de desembrollarlo. Ganimard fué enviado á tal objeto.

Una diligencia que honra á Ganimard.

Ganimard es uno de esos hábiles policías cuyo nombre no se borrará jamás de los anales judiciales. Cierto que le falta la claridad de ingenio de otros varios; pero, sin embargo, posee excelentes cualidades de observación, sagacidad y perseverancia. A no ser por la gran fascinación que Arsenio Lupin ejerce sobre él, nada le turba ni le desconcierta.

Llegó con su idea preconcebida y se hizo repetir todos los detalles, como si ignorase hasta los más mínimos. Sin emocionerse, continuó informándose y preguntando. Ante todo, los criados quedaban á cubierto de toda sospecha. En cuanto á los invitados, no le merecían la misma confianza, por lo que siguió indagando sus medios de existencia y moralidad. ¿Quiénes eran los señores de Andelle y por qué se habían marchado del hotel? ¿Y Mme. de Real?

El conde dice:

—Mme. de Real es una amiga de mi mujer. He aquí sus señas: «Hotel de las Riberas de Oro en Monte-Carlo.» En cuanto á mis primos, los señores de Andelle, son las gentes más honradas del mundo.

Al fin de cuatro días de activas pesquisas, Ganimard dice á los condes de Crozon:

—No les digo nada en definitiva, porque en realidad nada sé. Encuentro puntos verdaderamente incomprensibles. Pero he recogido indicios de la más alta importancia y que me obligan á seguir una pista nueva. Creo necesitaré una semana...

—Sea - dice el conde.—El próximo viernes iremos á París y el sábado hablaremos.

Conversación que no carece de interés.

El viernes, á su llegada, los señores de Crozon hallaron este telegrama enviado desde Burdeos:

«Les ruego vengan mañana á las once á la Prefectura de Policía. - *Ganimard* »

A las once en punto el automóvil de los condes paró en la Prefectura y el viejo policía les introdujo en el despacho del Jefe de la Seguridad.

—Hablemos claramente, amigo Ganimard - dice su jefe M. Dudonis—, ¿tiene usted alguna prueba?

—No. Pero afirmo que M. Bleichen no tiene nada que ver en el robo de la sortija.

—¡La afirmación es grave!

—Esa inocencia que usted afirma - dice el conde - tiene que estar basada sobre hechos muy precisos.

—Su culpabilidad no está tampoco probada - dice Ganimard.—Resulta de mis diligencias que, apercibido M. Bleichen de la vigilancia de que era objeto, pudo hallar infinitos medios de deshacerse de la alhaja.

—¿Cómo, si estaba tan vigilado?

—De mil maneras. Por la noche se abre la ventana y se arroja la sortija á cincuenta metros de su habitación Se la deja caer en cualquier rincón. Y otras muchas cosas antes que dejarla descubrir de esa manera tan estúpida.

—¿Es eso todo lo que usted ha podido descubrir? —pregunta despreciativamente el conde.

—No, señor. La mañana siguiente al robo, tres de sus invitados marcharon en automóvil hasta Crecy. Una vez allí, mientras dos de ellos fueron á visitar el famoso campo de batalla, la tercera persona se dirigió al despacho de Correos y expidió un botecito precintado y lacrado, según está prevenido, y declarado por valor de cien francos.

M. de Crozon exclama:

—Lo encuentro muy natural.

—Pero lo que no encontrará muy natural es que esa persona, en lugar de dar su nombre, hizo la expedición bajo el nombre de Rosseau, y que el destinatario en París se había mudado aquella tarde misma que había recibido el bote, es decir, la sortija.

—¿Se refiere usted á alguno de mis primos?—pregunta el conde.

—No me refiero á ninguno de esos señores, sino á madame de Real.

La condesa dice estupefacta:

—¡Acusa usted á mi buena amiga!

—Madame de Real—replica reposadamente Ganimard—no es sino una amiga ocasional, señora, y no su amiga íntima, como han dicho los periódicos poniéndola á salvo de toda suposición. Usted no la ha conocido sino después del invierno, y yo le aseguro que todo cuanto ha contado de su pasado y de sus relaciones, es completamente falso. Madame Blanca del Real no existía antes de encontrar á usted y aun hoy día tampoco existe. La he enviado una carta al hotel donde dijo que vivía y me ha sido devuelta por los carteros, pues dicha señora no se encuentra allí, ni la conocen. Permítame unas preguntas, señora: ¿conocía usted á Mme. de Real cuando tuvo lugar la venta de la sortija?

—Sí.

—¿Asistió ella al acto?

—Sí; pero no estábamos juntas.

—Ella alabó la alhaja para que la comprara usted; ¿no es así?

—Sí... así es, en efecto...; hasta creo que ella fué la primera que me habló de esa cuestión...

Transcurre un corto espacio de tiempo en el silencio más absoluto. M. Dudonis pregunta:

—¿Qué más? Toda esa historia es muy curiosa; pero ¿tiene algo que ver con lo nuestro? Si Mme. de Real ha robado la sortija, ¿por qué se ha encontrado en un frasquito propiedad del cónsul? ¿No creen ustedes un desatino que se robe el diamante azul para volver á abandonarlo?

Ganimard calla y M. Dudonis insiste:

—Vamos, Ganimard, esta objeción que acabo de hacer le ha herido. Yo que le conozco á usted á fondo, tengo la impresión de que alguna cosa más que ha adivinado nos oculta. Sea usted categórico.

Decididamente, Ganimard va á perder el juicio por los cabellos rubios de cierta dama.

Ganimard se levanta, visiblemente contrariado, pasea de un lado para otro y después, parándose delante de M. Dudonis, dice:

—Es verdad, mi jefe, hay algo más .. Va usted á decirme que siempre estoy con lo mismo; pero yo veo al través de todo esto á Arsenio Lupin. Bien sabe Dios que esta vez estaba bien lejos de mi pensamiento.

—¡Cómo!—exclama M. Dudonis aturdido.—¿Arsenio Lupin ha robado el diamante azul?

—No afirmo que haya sido él mismo—responde Ganimard desconcertado—, sino la dama rubia... Sí, la dama rubia—prosigue con tono cada vez más firme—, la amiga de Arsenio Lupin, la dama rubia que raptó á la hija de M. Gerbois, la que condujo á dicha señorita á casa del abogado M. Detinan y desapareció allí con Lupin, la dama rubia que bajo el nombre de Antonia Bréhat, asesinó al barón de Hautois, la dama rubia, en fin, que con el nombre de Mme. de Real, roba la sortija del diamante azul.

—Pruebas, pruebas—exige M. Dudonis.

—No tengo más que una - dice Ganimard sacando su cartera y desdoblando un papel que en ella había—, aquí está: estos son algunos cabellos de Antonia Bréhat, arrancados por el barón y recogidos de la mano del muerto. He ido á ver á la señorita Susana Gerbois, quien ha reconocido los cabellos de la dama rubia.

La condesa dice riendo escandalosamente:

—Perdone usted, mi querido Ganimard, pero estamos en un grave error: mi amiga Mme. de Real es morena.

El inspector dice sin desconcertarse:

—Después del asesinato del barón y poseyéndose un puñado de sus cabellos, hubiera sido una gran locura conservarlos del mismo color, y se los ha teñido, sencillamente. Una semana más tarde, entraba usted en relaciones con Mme. de Real, cuyos cabellos eran negros, después de haber sido rubios.

—La prueba—dice á su vez la condesa.

—Mme. de Real ha tenido la imprudencia—la alumna de Arsenio Lupin no ha sacado la perfección de su maestro—de dejar en el hotel un frasco de esencia, sin etiqueta y vacío, pero todavía lo suficientemente impregnado de olor, para que la señorita Susana haya podido asegurar ser el que usaba la que fué su compañera de viaje durante dos semanas.

Fisionomonía.

Los ojos.

Espejos del alma se les llama, y en verdad que no infundadamente; ellos son, en la mayor parte de los casos, medio suficiente para conocer la condición de las personas.

Los no muy grandes ni demasiado redondos, pero abiertos y agradables, demuestran clara inteligencia. Demasiado largos y abiertos con exceso, que recuerdan los de la vaca y el perro, indican imbecilidad, pereza.

Hundidos y profundos son los ojos del envidio o y desconfiado. Los pequeños demuestran avaricia.

Mucha fijeza en la mirada refleja despotismo; falta de fijeza, inconstancia. Los ojos velados son los del pensador y del poeta.

El color de los ojos también ejerce influencia muy apreciable. Los que tienen un tinte amarillento son propios de asesinos; los negros ó los claros corresponden á un hombre ingenioso y atrevido con las mujeres.

Los verdes son los de ladrones y traidores; los azules, de los estúpidos ó sentimentales, y los risueños, de los caritativos y bondadosos.

Las cejas.

Abundantes, indican franqueza. Si se juntan, denotan, en cuanto al hombre, energía é impiedad, y por lo tocante á la mujer, celos y envidia, y en algún caso, vicios.

La barba.

Puntiaguda, significa audacia; cuadrada, torpeza; un término medio entre ambas, tenacidad.

Un lord acusado de estafa.

No es cosa de todos los días ver sentado en el banquillo de los acusados, á un lord á quien se le atribuya una vulgar estafa. La tiesa y empingorotada aristocracia inglesa parece vivir por encima de estas miserias, y, sin embargo, el hecho es rigurosamente exacto; además de exacto tan burdo y corriente, que no es otra cosa que la repetición más ó menos rutinaria del famoso timo de los perdigones, que cuenta con numerosos abonados en esta tierra clásica del garbanzo castellano.

Lord Willian, que así se llama, debe andar mal de dinero, y había empeñado diferentes alhajas en casa de un prestamista; todas estas operaciones quiso reunirlas en una, haciendo así una sola deuda, á la que respondieran las alhajas, depositadas juntas en una caja sellada.

Con tal fin, el prestamista acudió á casa del noble lord; dedicáronse á poner sus asuntos en regla, y luego la pedrería fué colocada en un saquete de cuero, siendo cerrado y sellado. Rogó el lord al comerciante que le proporcionara una envoltura colocada sobre un mueble á alguna distancia, y aprovechando este movimiento, cambió el saquete. Transcurrido después el tiempo marcado para el desempeño de las alhajas y no habiéndolo efectuado, tuvo dudas el prestamista, y abriendo la caja observó que el saquete no contenía más que carbón.

Detenido el deudor, suplicó que retirara la acusación, pues se proponía pagar; pero será difícil ver realizados sus deseos, pues las leyes inglesas imponen veinte años de presidio por el hecho relatado, y allí las penales, como todas las demás, las cumplen todos, lo mismo ostenten el título de lord que si se trata de simples mortales.

Tratándose de los Estados Unidos, y trátese de lo que sea, ya se sabe, además de extraordinario ha de ser monstruoso. De una sola plumada, el Juzgado de Flinday dictó 939 autos de prisión, que suponen otros tantos años de condena y quizá 300 millones de multa. ¿Contra quién? Contra los multimillonarios de aquel país que forman parte del trust del petróleo. Mr. Rockefeller, el hombre más rico del mundo, debería, según ese auto, sufrir 164 años de prisión. La sentencia no se ha dictado aún, pero estaría bueno ver á tantos reyes de tantas cosas, como allí se titulan, arrastrando un grillete. ¡Ellos! ¡los soberbios potentados del día!

Nuevo sistema de conducir presos.

Confesamos ingenuamente que no nos corresponde la paternidad de la idea, aunque nos permitamos brindársela íntegra á nuestros queridos abonados, para el uso que deseen hacer de ella La originalidad es debida á un honrado matrimonio francés, é ignoramos si reclamará la patente. Al entrar en su casa la mujer, apuesta labradora de Lonye (Francia), pudo observar que un hombre se ocultaba debajo de la cama. Notarlo y decírselo á su marido fué obra de un momento. El



marido, hombre expeditivo y resuelto si los hay, estimó que á tan extraordinario visitante había que darle conversación con precauciones, y á tal fin tomó una cuerda, hizo un nudo corredizo, y con gran habilidad lo pasó por el cuello del contertulio, con lo que le convirtió en prisionero.

Enseñoreado, ya así, del malogrado ladrón, no era cosa de dejarle ir de rositas, sino que transformado de momento y sin pensarlo en oso callejero, para satisfacción de la pública curiosidad, le condujo á la Alcaldía, donde cuidadosamente guardado se le mantuvo hasta la llegada de los gendarmes, á quienes se les avisó para ponerle á disposición del juez competente.

Si este procedimiento se siguiera en muchas partes, y si luego hubiera valor para castigar y se prodigaran menos los indultos, ¡cómo disminuiría la criminalidad!

Contra los Tenorios.

Como muestra de desenfado, de claridad y de ausencia de esos convencionalismos que observamos y lamentamos en nuestras sentencias judiciales, ofrecemos hoy fragmentos de una que acaban de dictar los Tribunales franceses.

Oríginala un extranjero que, llegado á París, y estimando lícita la vida de D. Juan en aquella ciudad tan libre, acosó en el pasado diciembre á una señora que, acompañada de su hija, se retiraba á las siete de la tarde en dirección á su casa. La actitud correcta de la señora no consiguió detenerle en sus enojosas galanterías y fueron causa de que, indignado cierto caballero que lo presenció, hiciera detener al indiscreto Tenorio.

El Tribunal funda su sentencia, diciendo:

«*Atendido* que K..., de nacionalidad polonesa, parece haber venido á París con la idea preconcebida de que ninguna, entre todas las mujeres encontradas al azar en la calle, debe resistir á sus caprichos y á sus deseos.

Atendido que sobre este punto *se ha equivocado grandemente...*

Atendido que resulta... que siguió con insistencia á la señora A...

Atendido que en la Audiencia K... parece querer excusar su conducta lanzando suposiciones odiosas sobre la señora A.., cuya honorabilidad está por encima de toda maledicencia.

Atendido que en todas las fases de este asunto, K... se ha conducido con la mayor grosería.

Le condenamos, etc.»

Trescientos francos de multa y el pago de costas es la pena impuesta.

¿Verdad que aquí podrían aplicarse muchas?

Cruz de Beneficencia

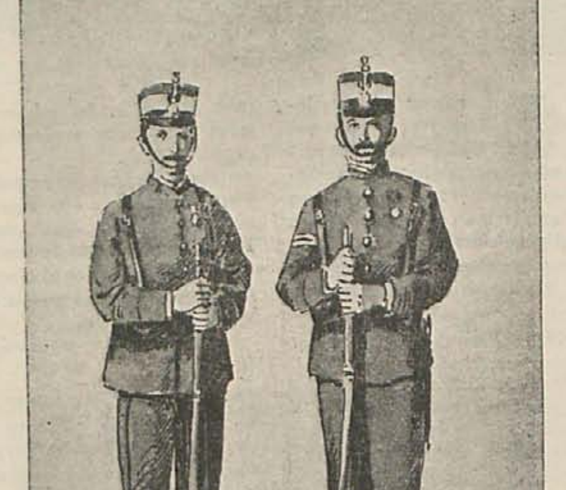
Las Autoridades y el pueblo de Águilas (Murcia) se han enaltecido, honrando con su presencia y prestando el concurso de sus aplausos, á dos valientes carabineros. Los actos de heroísmo suelen impresionar en el momento de realizarlos; pasado, se miran con indiferencia; por eso es más meritorio lo que acaba de realizar el vecindario de Águilas.

Pronto va á hacer dos años que una furiosa tempestad asolaba las playas del Mediterráneo; tal era, que de sus destrozos no escaparon personas y propiedades, buena porción de tierra adentro.

Veintitantas personas acampaban en las playas de Calueje, y su angustia llegó á ser tanta, que paralizó hasta los esfuerzos de propia defensa que el instinto reclama siempre.

Envueltos en tumultuoso torbellino, contaban como seguro su fin. Los gritos que su última esperanza les hizo lanzar en demanda de socorro, llegaron á oídos de la pareja de carabineros que en las proximidades prestaba servicio.

Don Francisco Vicente Sandoval y D. Antonio Ferrer García, eran los carabineros, cuyo retrato reproducimos.



Sin reparar en que su situación era igual que la de los que clamaban, y despreciando su propio peligro, con temple de héroe, venciendo peligros á cada paso que daban, salvaron á los primeros que hallaron. Alentados éstos con auxilio tan inesperado y estimulados por el ejemplo, cobraron brío, librándose de la muerte diez y nueve personas.

Hoy luce en el pecho de los salvadores la cruz de Beneficencia y el acto de imposición de la misma, hace poco realizado en la plaza pública de Águilas, fué importante y conmovedor.

El alcalde, las demás Autoridades, los cónsules extranjeros, dieron brillantez con su concurso y felicitaron al capitán Sr. Femenías por su sobria y sentida alocución á los carabineros formados. Los límites de esta Revista no nos permiten reproducirla, como con gusto lo haríamos y lo merece, siquiera para dar muestra de lo que es la elocuencia militar bien sentida y bien expresada.

El alcalde cerró la fiesta con un viva al Cuerpo de Carabineros, que contestó el pueblo en masa, y seguidamente la fuerza desfiló al cuartel por las calles engalanadas y colgadas como en días solemnes.

Matrimonios por anuncios.

Se recordará que hace dos años próximamente correspondió á la cantinera de uno de los regimientos franceses un millón de francos en cierta lotería extraordinaria que en aquella nación se jugó. ¿Qué faltaba á esta afortunada mujer para ser completamente feliz? Tan sólo casarse, y esto es lo que se le puso en la cabeza á madame Tandre, vividora de oficio.

Con tal fin hizo insertar en los grandes diarios el siguiente anuncio: «Mujer viuda, 1.500 000 francos en dinero, casaría con caballero distinguido. (Discreción.) Escribir á F. M., lista de Correos, Le Raincy.»

Los amantes no se mostraron muy presurosos. Uno tan sólo se puso en la pista, y era, como caballero distinguido..., mozo de café, que respondía al dulce nombre de Serafín.

Pero en vez de la célebre cantinera, la casamentera presentó al candidato otra viuda, madame Juana Laclaire, joven encantadora que en realidad no era más que una costurera del pueblo citado en el anuncio.

El 18 de julio solicitó Serafín, prendado de su futura, la mano de la misma, por medio de carta, que fué contestada afirmativamente sin pérdida de correo; y, por último, el matrimonio se señaló para el mes de noviembre. Apenas convenido, madama Tandre, invocando la amistad y confianza que le unía con quien había de ser en breve madame Serafín, obtuvo del novio un préstamo de 1.690 francos.

Corría el tiempo, y como la futura no daba señales de vida, el pretendiente comenzó á inquietarse, y acudiendo á la casamentera, ésta le recomendó como mejor medio para saber esperar, que tuviera paciencia. Juana—le escribía—ha marchado en su automóvil; tratad de calmaros, y escuchad el proverbio que dice: «Paciencia y tiempo hacen más que fuerza y rabia.»

Pero una cosa es dar consejos y otra seguirlos aquellos corazones heridos por el amor. Serafín, cansado de esperar, citó á madame Tendre, y cuál no sería su admiración, cuando la vió llegar vestida de luto.

—¡Ay! Tengo una noticia bien triste que comunicar á usted—dijo:—Nuestra pobre amiga ha muerto, hace tres días, de un aneurisma al corazón. ¡La amaba tanto! Considerándola como una hija, llevo por ella el luto que usted ve.

Tuvo Serafín una crisis de lágrimas, y ambos se separaron, presa de los más crueles dolores. Al día siguiente se presentó en Raincy para orar sobre la tumba de su prometida. Seguía melancólicamente el camino que conduce al cementerio, cuando percibió de repente una joven. No era otra que su pobre futura.

Entonces fué cuando comprendió, pero un poco tarde, que había sido víctima de una odiosa comedia. Producida la correspondiente queja, los Tribunales han preparado el desenlace, imponiendo á la estafadora Tandre seis meses de prisión, y tres á su cómplice.

La justicia queda satisfecha; pero ¿quién restaña la herida que ha recibido en el corazón el pobre mozo de café, y quién reverdece las marchitas ilusiones que alimentara por algún tiempo?

Probablemente, á partir del próximo número, principiaremos á publicar el hermoso libro titulado HECHOS NOTABLES DEL CUERPO DE CARABINEROS, debido á la brillante pluma del ilustrado cabo de dicho Instituto, D. José Corrales Blanco.



Dolores excitaba sus deseos, José siempre estaba pronto para servir á sus caprichos, para aplaudir sus actos más inicuos, para animarle en el mal, cuando su alma soberbia, doblándose bajo el peso de tantas iniquidades, se preguntaba tal vez en el secreto de su conciencia, si ese mismo Dios cuyo nombre profanaba le guardaría venganzas eternas y terribles.

He aquí por qué ese hombre que algunas veces desesperaba del cielo, que se había cerrado por sus crímenes, se arrojaba furioso en las alegrías frenéticas de su lujuria.

Nuestros lectores recordarán que éste era día de tormento, porque se acercaba el auto de fe y eran muchos los acusados que debían figurar en una escena de aquel largo y terrible drama que duró tres siglos.

José, con su audacia acostumbrada, entró en casa del inquisidor, mientras que éste se hallaba aún en cama, postrado por aquella noche de insomnio.

A la vista de su favorito, Pedro Arbués frunció las cejas; pero el joven dominico no se inmutó, y adelantándose hasta la última grada de la tarima en que reposaba aquel lecho fastuoso y real:—¿Tiene su eminencia algo que mandarme?—dijo con aquella voz dulce y sumisa, cuyo acento fascinador era irresistible.

—Tu audacia es verdaderamente muy grande—dijo Pedro Arbués—; ¿después de la escena de esta noche aun te atreves á presentarte ante mí?

—Vuestra eminencia me había mandado que lo viese antes de la hora del tormento—respondió humildemente el favorito.

—Yo creía que José era fiel, y José no lo es—replicó el inquisidor, que no pensaba lo que decía; porque toda su cólera se había desvanecido á una sonrisa de aquel joven hermoso, original, que se había hecho una necesidad para él.



—José se ha expuesto al enojo de vuestra eminencia para velar por vuestra seguridad; el humilde dominico recoge los rumores que cunden, ve venir la tempestad y quiere conjurarla: ved ahí de todo lo que es culpable, monseñor.

—¿Somos, pues, tan débiles que debamos temblar ante algunos judíos y algunos marranos revoltosos?—replicó Pedro Arbués con aire altanero.

—Monseñor—respondió el favorito—, la serpiente que se arrastra por la tierra algunas veces muerde el león, que es el rey de los bosques. El más pequeño enemigo es temible, y para destrozarlo seguramente, es preciso primero no dejarse alcanzar. La prudencia es la madre de la seguridad, vigilemos, pues, monseñor; no es hora de que nos durmamos en los placeres de la tierra; el enemigo está cerca, preparémonos para combatirle.

Pedro Arbués participaba, como todas las almas ardientes y apasionadas, de una ligera inclinación supersticiosa, enfermedad, por otra parte, muy común en la época en que vivía. El profundo acento de José y su aire de convicción produjeron en el inquisidor el efecto que el favorito se proponía, de modo que entre las manos de este niño, el feroz inquisidor se volvía blanda cera.

—¿Dolores Argoso será, pues, la única mujer que se me habrá resistido?—continuó luego con despecho, asaltado por este pensamiento.

—Dolores Argoso no es una mujer como las demás, monseñor; comprende que sacrificarse en cuerpo y alma para salvar á los que uno ama no basta para salvarlos, y que es mejor morir con ellos que sobrevivirles.

Esto fué dicho con un acento de amargura que hirió vivamente al inquisidor; y le hizo estremecerse, cual si hubiera despertado en él un terrible recuerdo.

José le dirigía una mirada profunda; parecía saborear deliciosamente los tormentos de aquel alma que dominaba á su albedrío.

—Soy con vos, José—dijo de improviso Pedro Arbués, como reanimado por una resolución repentina... — Vamos — añadió—, no conviene hacer consumir á los atormentadores, que son bravos auxiliares nuestros. ¿Cuántos hay hoy para el tormento?

Y como si hubiese querido ahogar sus angustias y su rabia en los horribles placeres del tormento, se puso á contar en alta voz las víctimas que iban á presentarse á sus ojos, y cual tigre lanzado en el circo, saboreó de antemano los dolores de la presa que iba á devorar.

Al cabo de algunos minutos ya estaba en pie.

—Ven, hijo mío—dijo á José—; que nuestro celo por la causa del cielo nos consuele de los desengaños de la tierra y nos alcance la protección de Dios.

Cuando llegaron á la cárcel, los corredores estaban obstruídos: dos atormentadores, revestidos de su lúgubre hábito, azotaban á seis presos, empujándolos delante de ellos, entre los cuales se contaban tres mujeres. Una de ellas, joven, alta y bella, aunque desfigurada por los sufrimientos del calabozo, llevaba entre dos hileras de hermosos dientes la mordaza que la impedía gritar.

Iban estos desgraciados desnudos hasta la cintura, así mujeres como hombres; sus espaldas, magulladas por los azotes, estaban acardenaladas, y á pesar de este terrible suplicio, ninguno de ellos profería la menor queja. . . . .

El inquisidor pasó delante de ellos sin mostrarse conmovido; José sólo estremecióse interiormente con una dolorosa piedad.

La mujer que tenía puesta la mordaza era la última. Llegada que hubo frente á Arbués, miróle fijamente, y á falta de palabra, sus ojos negros, sombríos y terribles, aun engrandecidos por la palidez y flaqueza de su rostro, sus ojos llenos de odio, de desesperación y de venganza, se detuvieron en los del inquisidor como para decirle:

—¿No me reconoces?

Pedro Arbués la había efectivamente reconocido, á pesar del horroroso cambio de sus facciones.

—¡Francisca! —murmuró á media voz, bajando los ojos ante esa terrible mirada.

La abadesa de las Carmelitas no podía hablar; pero levantó los ojos hacia el cielo como para citar á su verdugo ante el tribunal del gran juez.

El inquisidor pasó delante y los verdugos prosiguieron su cruel ejecución.

Pedro Arbués y su favorito iban á presenciar un espectáculo mucho más estimulante y fértil en sensaciones que el del azote.

Cuando hubieron bajado al cuarto del tormento, los esbirros condujeron á una joven y hechicera mujer de una palidez horrorosa, tan débil y tan enferma, que apenas podía sostenerse, sus ojos apagados y lánguidos, de una dulzura angelical, parecían implorar perdón. Cuando estuvo en presencia del inquisidor general, hizo un esfuerzo para juntar sus manos delicadas, de una blancura casi diáfana.

—¡Mi hijo! murmuró con voz que apenas se oía, tanta era la debilidad con que llegaba á sus descoloridos labios.

—¡Hija mía! —dijo el inquisidor, siempre con la voz amable que sabía tomar—, vuestra hermana es luterana y os acusan de haberla alentado en su apostasía.

—¡Esto es falso! ¡es falso!—respondió la infeliz, con toda la energía que le permitió su estado de decaimiento y debilidad.

—¿No tenéis nada que decir para apoyar esta negativa?

—¡Mi hijo! ¡que me vuelvan mi hijo! —repetía esta infortunada con un acento lastimero.

(Continuará.)

Padres criminales.

Abominable parricidio.

En la calle de Laghonat, en París, formábase, hace pocos días, un cortejo fúnebre para acompañar al cementerio el cadáver de un hermoso niño recientemente fallecido; gran número de parientes, amigos y vecinos de los padres aprestábanse para marchar ya, y las coronas y flores reunidas, último tributo rendido al pobre Gustavo Henri, llamaban considerablemente la atención, tanto por la multiplicidad de ellas como por su calidad y buen gusto.

Todo estaba dispuesto, y acababa de darse la orden de partir, cuando de pronto é inesperadamente hizo su aparición el comisario de Policía; júzguese de la sorpresa de los concurrentes al oirle suspender la ceremonia y expresar la necesidad que tenía de hablar con los padres del fallecido.

A presencia de éstos, jóvenes de veintisiete y veinticuatro años, respectivamente, reconoció el cadáver y ningún signo encontró en él que justificara la determinación adoptada; pero algo sabría ó algo le habrían dicho, porque, lejos de desistir, interrogó, investigó y tornó á examinar, concluyendo por adquirir al cabo el pleno conocimiento que deseaba.

¿Qué averiguó? Lo que es casi inconcebible, lo que no se explica sin grandes violencias el corazón humano, el cual, aun dispuesto á incurrir en los grandes crímenes, parece exento de realizar aquellos que niegan el amor más puro y desinteresado, el amor paternal. Averiguó que estos padres indignos habían proyectado contra la pared, merced á un poderoso golpe, al pobre niño; que éste había lanzado un gemido lastimero, y después nada... la muerte.

Un vecino pudo, además, percibir esta frase: «Tú le has matado; le has golpeado demasiado fuerte, y se van á conocer las señales»; poco después anunciaban que se torcía en angustiosas convulsiones, y algo más tarde, que acababa de morir. El conocimiento de tales revelaciones concitó los odios contra los criminales, que lo hubieran pasado muy mal, á no impedirlo agentes de Seguridad, debidamente requeridos; dos de ellos quedaron custodiando la casa, mientras los detenidos eran conducidos á la Comisaría.

Parece que el matrimonio había perdido con anterioridad otro hijo en circunstancias extraordinarias, que hacían ahora suponer la existencia de nuevo crimen; sabíase que jamás paseaban al que acababa de fallecer; que le golpeaban dura y repetidamente; que el trato, en fin, que le daban era cruel y despiadado.

Un detalle ha conmovido hondamente. Ocho días antes del crimen, la madre golpeó al niño con violencia tal, que el perro que tenían, más humano, más bondadoso y justo, no pudo consentir aquel atropello, y, lanzándose sobre tan odioso verdugo, la mordió el brazo con que pegaba, produciéndola una herida de importancia.

Pero hay, si cabe, algo más repulsivo aún. Cuando el cadáver de la inocente víctima reposaba, frío y rígido, cerca del matrimonio, dedicóse éste á una vergonzosa bacanal: pasteles y vinos vinieron á poner término á sus remordimientos, si por ventura sintieron alguno, y perdida la cabeza, se olvidaron de la situación en que estaban y concluyeron por dedicarse á cantar.

Indudablemente, las penas consignadas en los Códigos no guardan relación con los crímenes: tienen la palabra las honradas madres españolas.—*P. de la P. P.*

Advertencia.

Por error se ha consignado en los números anteriores dónde radican las oficinas de esta Revista, y se subsana haciendo presente que están domiciliadas en la plaza de San Ildefonso, núm. 1, segundo derecha.

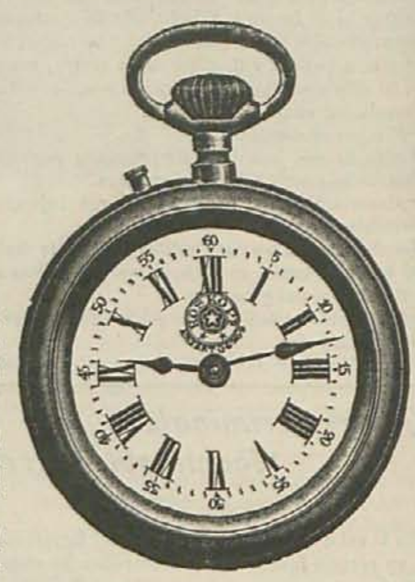
Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.







Hoy todo el mundo puede adquirir las máquinas parlantes, las más perfeccionadas conocidas hasta el día, con sus precios verdaderamente económicos al alcance de todas las fortunas.

Ofrecemos estas máquinas (Miñonetas), gran sonido — Caja imitación nogal, 20 cm.; bocina redonda de aluminium, largo, 36 cm., diámetro, 25 centímetros, con 4 discos de regalo, **85 ptas.** en seis plazos. **Nota:** admite también discos grandes.

Idem doble tamaño, igual al dibujo, bocina fantasía, con 4 discos grandes, **150 ptas.**

Idem diafragma gran concert, **200 ptas.**

En 6 y 7 plazos mensuales.

Franco de porte y embalaje hasta la estación más próxima.

Gran novedad.

En el deseo de complacer á nuestros numerosos parroquianos, hemos conseguido, por medio de las grandes manufacturas *Suiza*, la fabricación del reloj de oro, de señora, que representa nuestro grabado. Es de oro bajo de 7 quilates, en lugar de 18, que es el oro de ley, y sin embargo, no se diferencia del verdadero en su color y belleza, que conserva siempre.

Lo ofrecemos á un precio sumamente barato, teniendo en cuenta además que se trata de un reloj de verdadera fantasía y buena máquina, caja de oro bajo, 7 quilates, guardapolvo interior de metal símil oro.

40 pesetas.

En 4 ó 5 plazos mensuales.

El reloj Roskopf Patent, garantizado.

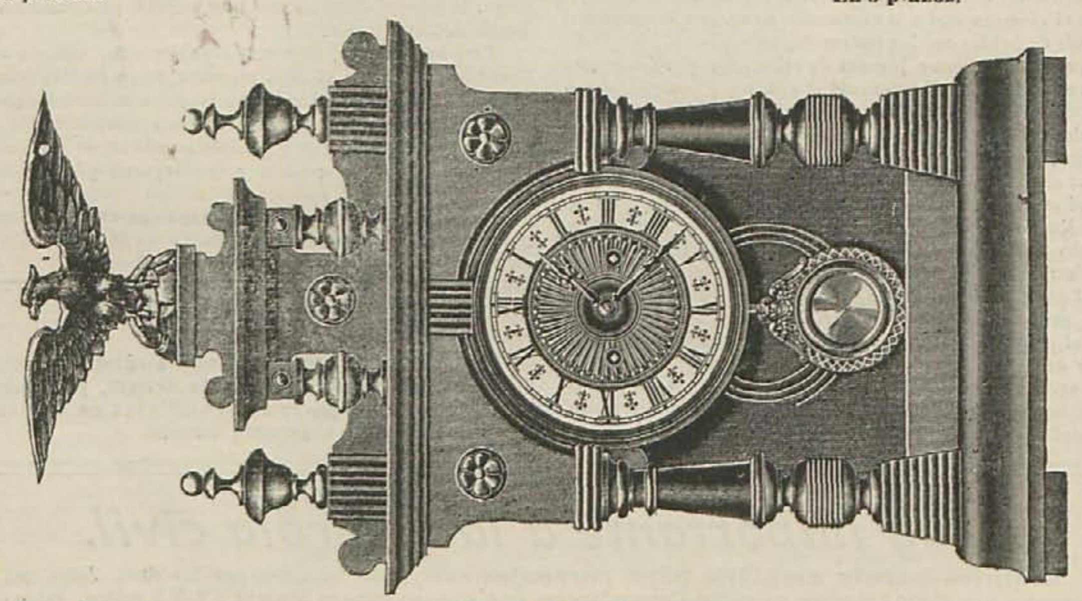
Verdadero y legítimo.

En tapa acero con asa chapeada oro **35 pesetas**.

En níquel puro, mismo precio.

Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

En 5 plazos.



¡Novedad! EL ELEGANTE

Magnífico reloj de sobremesa; altura, 60 centímetros; madera chapeada nogal; buena máquina, 30 horas cuerda; sonería de horas y medias, con despertador muy fuerte.—**36 pesetas**, franco de porte y embalaje.

En 5 plazos mensuales.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID —Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8. —Teléfono 316.